

Tema 5: La Liturgia de la Palabra

«Dichosa la asamblea en la que la Escritura testimonia que los ojos de todos estaban fijos en él». (Orígenes)

Una sola vez en el Evangelio Jesús lee la Escritura y lo hace en una liturgia en la sinagoga de Nazaret:

Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para leer la Escritura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:

*“El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque él me ha ungido.
Me ha enviado a evangelizar a los pobres,
A proclamar a los cautivos la libertad,
y a los ciegos, la vista,
a poner en libertad a los oprimidos;
a proclamar el año de gracia del Señor.”*

Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que le ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él (Lc 4, 16-20)

Podríamos pensar que dichosa aquella asamblea porque es la única que ha escuchado con sus oídos a **la Palabra leer la Escritura**. Jesús celebra el inicio de su ministerio en una sinagoga leyendo la Escritura y no en el Templo ofreciendo un sacrificio.

Y observamos ya la acción del Espíritu, como en otros episodios de la vida de Jesús: “El Espíritu del Señor está sobre mí” (Is 61,1). En el bautismo del Jordán donde “desciende sobre él el Espíritu Santo” (Lc 3, 22), el Espíritu no sólo guía a Jesús en el desierto (Lc 4,1) sino que lo guía en la lectura de la Profecía de Isaías..., podemos decir que la epiclesis (invocación) del **Espíritu acompaña siempre la lectura de la Escritura e inspira su interpretación.**

¿Caemos en la cuenta de lo que supone leer y escuchar la Escritura en la celebración de la Eucaristía? ¿Crees que distinguimos entre leer la Biblia en catequesis y proclamarla y escucharla en la celebración de un sacramento? ¿En qué estaría la diferencia?

Lo que se celebra en la sinagoga de Nazaret es liturgia, epifanía y teofanía a un tiempo. **Se manifiesta Dios en Cristo a los ojos del pueblo.** Cristo es la “cabeza del libro, el inicio”, el principio del libro en el que está escrita la voluntad del Padre y por esto, como escribe un autor medieval, el Hijo encarnado es el “libro máximo” cuyas páginas son su carne: “Cristo es el libro que contiene como pergamino la carne y como escritura el Verbo del Padre... el libro más grande es el Hijo encarnado”. Todo esto nos suena a lo que el Concilio Vaticano II nos recordaba: que la mesa eucarística está compuesta de Palabra y Sacramento.

Podríamos decir que lo que ocurre en la liturgia de la sinagoga de Nazaret es la **institución de la liturgia cristiana de la Palabra**, del mismo modo como ocurre en la cámara alta de Jerusalén, durante la última cena, **es la institución de la Eucaristía cristiana.** En Nazaret la Palabra ha leído la Escritura, y desde aquel día, desde aquel “hoy” (Lc 4,21) **la lectura hecha por Jesús ha llegado a ser el modo como los cristianos han leído la Escritura.** Sólo atendiendo al ejemplo de Cristo, la Iglesia puede decir que **“es él (Cristo) el que habla cuando en la Iglesia se lee la Sagrada Escritura”** y **“en la liturgia Dios habla a su pueblo, Cristo anunciar el Evangelio”** (Sacrosanctum Concilium, n. 7, 33). Encontramos aquí **tres elementos fundamentales:**

**la comunidad reunida en asamblea,
el libro de las Escrituras canónicas
y el lector que proclama la lectura.**

El pueblo de Dios reunido en asamblea santa es la imagen de todo el camino de salvación que Dios hizo cumplir a Israel: de la condición de pueblo elegido se le requerirá servir a Dios, dar culto a Dios. El servicio, la adoración del Señor es, en efecto, el objetivo de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, según la palabra de Dios a Moisés: “cuando tú hayas hecho salir al pueblo de Egipto serviréis a Dios sobre este monte” (Ex. 23,12). Dios y el pueblo dialogan por medio de Moisés. Siempre Dios ha tomado la iniciativa en el servicio de la Palabra.

El primer dato que emerge del relato de Lucas es, por tanto, que **la comunidad reunida es convocada por Dios para escuchar su Palabra en el día a él consagrado.** La lectura del Libro de la Ley asume la misma frecuencia y, por tanto, la misma importancia que la ofrenda del sacrificio en el Templo, así

la escucha de la Palabra de Dios es lo que caracteriza la gran fiesta del retorno de los exiliados a Jerusalén.

¿Somos conscientes de la importancia que tiene la Palabra de Dios para nuestra vida? ¿Cuál es mi actitud personal a escuchar las Escrituras? ¿Caemos en la cuenta de que la Escritura debería dar forma a nuestro estilo de vida? ¿Cómo cuidar que la asamblea esté atenta sabiendo que es Dios quien habla? ¿Son nuestras asambleas atentas? ¡Ni hablar de los que llegan tarde!

Biológicamente y cronológicamente, primero está la experiencia de fe de los creyentes que reconocen y confiesan la obra de Dios y después son las Escrituras, porque **la comunidad creyente que profesa su fe en Dios y en sus obras de salvación precede y es el fundamento del Libro de la Escritura**. Esto significa que el Libro, el que lo lee, el que lo escucha, está siempre en el interior de la Iglesia (asamblea). La escucha de la Escritura, llega plenamente y auténticamente sólo en el interior de la Iglesia, pueblo de Dios, porque en él ha nacido.

El Cristo que tiene en la mano el rollo de la Escritura es **un verdadero icono cristológico**: “ningún dios precristiano de la antigüedad mediterránea tiene en sus manos el libro. En esto, Cristo es el único... El es la palabra y revela el libro. La palabra se hace carne en el libro. Escribir llega a ser alegoría de la Encarnación en el seno de la Virgen María. De aquí la reverencia litúrgica por el libro como objeto” (I. Illich).

El rollo se da al lector Jesús, como está previsto en el rito sinagoga, para que lo lea delante de la comunidad. También en la asamblea litúrgica cristiana **el lector recibe de la Iglesia el libro conteniendo los textos canónicos para leer. No es suyo** sino de la Iglesia que poniéndolo sobre el ambón (lugar desde el que

Para el lector, mucha lectura...

Es normal que en nuestras sacristías se oiga: ¿quién va a leer hoy?. A veces damos la sensación de que lo importante es que haya alguien que lea, sin más. ¡Qué le vamos a hacer! No faltan personas que, generosamente, se ofrecen para leer. Es un buen servicio y así hay que reconocerlo.

Una palabra sobre la calidad de este servicio (ministerio) que consiste no sólo en leer sino en proclamar de manera adecuada la Palabra de Dios: leer con soltura, con una buena pronunciación y pensando que lo que se lee es Palabra de Dios y que es proclamada para que otros la oigan y la comprendan. Repasar el texto antes de leerlo en la celebración, distinguir los distintos géneros literarios en los que se expresa la Biblia, vocalizar, dar sentido a las expresiones, afanarse en una lectura pausada, rítmica.... Muchos detalles que hacen de este servicio algo fundamental para que participemos bien de la “mesa de la Palabra”.

Es bueno que el lector sea persona de mucha lectura (si es posible), conocedora del lenguaje y sus articulaciones, los acentos y las puntuaciones... no un experto (posiblemente) pero sí un verdadero servidor preocupado por los demás. ¡Cómo se agradece cuando un texto es bien proclamado y se entiende todo!

Ah! Una cosa: al terminar sólo ¡Palabra de Dios! para que podamos responder con la alabanza (“te alabamos, Señor”). No conviene “es Palabra de Dios”, eso ya lo sabíamos y además no nos dispone a la alabanza. No estamos en clase.

se leen las Escrituras) lo pone en sus manos. Terminada la lectura, el lector no se lleva el libro pero lo deja en la asamblea porque el libro es de la comunidad que lo custodia como aquello que junto a la eucaristía tiene más valor.

De este modo idéntico leemos Nehemías 8, 1-3:

«Todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta del Agua. Dijeron al escriba Esdras que trajera el libro de la Ley de Moisés que Yahveh había prescrito a Israel. Trajo el sacerdote Esdras la Ley ante la asamblea, integrada por hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era el día uno del mes séptimo. Leyó una parte en la plaza que está delante de la puerta del Agua, desde el alba hasta el mediodía, en presencia de los hombres, las mujeres y todos los que tenían uso de razón; y los oídos del pueblo estaban atentos al libro de la Ley».

El lector, que en la liturgia cristiana recibe de la Iglesia el libro de las perícopas bíblicas, no las elige según su parecer sino **las lee como la Iglesia ha establecido en el leccionario**.

El relato de la asamblea de Esdras en Nehemías señala la visibilidad del Libro de la Ley del Señor:

"Trajo el sacerdote Esdras la Ley ante la asamblea... El escriba Esdras estaba de pie sobre un estrado de madera levantado para esta ocasión... Esdras abrió el libro a los ojos de todo el pueblo - pues estaba más alto que todo el pueblo - y al abrirlo, el pueblo entero se puso en pie. Esdras bendijo a Yahveh, el Dios grande; y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: « ¡Amén! ¡Amén!»; e inclinándose se postraron ante Yahveh, rostro en tierra (Neh 8, 2.4-6).

El libro de la Ley debe ser visto antes de ser escuchado por que el libro tiene una visibilidad necesaria. Elevar a la vista de todos hacia libro de la Ley es un acto ritual que manifiesta la presencia santa de Dios en medio de su pueblo. **El rito sinagoga está en el origen del gesto de mostrar el Evangelionario en la liturgia cristiana**. Atestigua que **la liturgia de la Palabra de Dios es una realidad que debe ser, sobre todo, vista como libro presentado a la asamblea y sucesivamente escuchada como texto leído a la misma**. El libro de la Escritura y la asamblea representarían las partes de un símbolo dividido en dos: **Escritura y asamblea**, figuras de Dios y del pueblo, permitiendo reconocerse como **sujetos de la alianza** y, en tal modo, que se puede confirmar y renovar.

Ahora vamos a exponer un rito que no se realiza mucho y que es realmente interesante para entender el lugar de la Palabra en la Eucaristía y cómo la Iglesia se expresa en su realización: la elevación del libro.

La elevación del libro en la liturgia cristiana aparece solemnemente en dos elevaciones: con el Evangelionario, en la procesión inicial de la celebración, cuando el diácono lleva el Evangelionario elevado a través de toda la asamblea y después lo pone sobre el altar y, la segunda elevación del Evangelionario, tiene lugar durante la procesión con la cual el diácono lleva el libro del altar al ambón para la lectura del texto evangélico.

Poniendo en el inicio de la liturgia el Evangelionario en el centro del altar, la Iglesia reconoce al libro de los Evangelios la misma dignidad que los dones eucarísticos: el cristiano se nutre “del pan de la vida de la mesa sea de la Palabra de Dios que del cuerpo de Cristo” (Dei Verbum, 21). “Quien come mi carne y bebe mi sangre tendrá la vida eterna” (Jn 6,54) pero también “quien escucha mi Palabra... tiene la vida eterna” (Jn 5,24). El Evangelionario puesto en el altar atestigua la escucha y el comer eucarístico de la palabra de Dios.

Mostrar el Evangelionario delante de la asamblea es ya una proclamación del *Verbum Crucis* (la palabra de Dios crucificada). Es como si se cumpliera esto silenciosamente: por tres veces tres se levanta y enseña la Cruz en la solemne liturgia del Viernes Santo, elevando la Cruz y elevando el Evangelionario se cumple en realidad el mismo acto, se proclama la única Palabra, la Palabra de la Cruz.

Que el **Evangelio y la Cruz** son inseparables lo atestiguan un pequeño signo de cruz que aquellos que proclaman el texto evangélico trazan sobre la página del Evangelio, gesto que repite con los fieles: se señalan la frente, los labios y el pecho para significar el acceso de la palabra del Evangelio en las facultades fundamentales de la persona: la inteligencia, el lenguaje y la voluntad.

Recordamos y hacemos **memoria de la unción bautismal**, gesto cruciforme sobre la frente, lugar de la mente y de la inteligencia; sobre los labios, espacio de la voz y de la palabra; sobre el corazón sede de la voluntad y de los afectos. “Nos nutrimos de la cruz del Señor, cuando comemos un cuerpo” (S. Agustín).

Aunque normalmente no se hace, el Misal tiene prevista la lectura de la **antífona de comunión para ser proclamada antes de la distribución de la Eucaristía a los fieles** (una frase cogida de la Escritura): no nos nutrimos del cuerpo eucarístico del Señor si no hemos escuchado, aceptado y hecho obediencia a su Palabra. **La lectura de la Escritura en la liturgia tiene su vértice en la comunión con de Cuerpo y la Sangre de Cristo.**

El altar es el lugar donde el Evangelionario es expuesto al inicio de la liturgia, lugar donde el Pan es partido: se puede decir que los creyentes han participado plenamente de la obediencia a la palabra de Dios sólo en la comunión al sacrificio del altar. Como decía S. Gregorio Magno, refiriéndose al texto de los

discípulos de Emaús: “Reconocen, en el pan partido, al Señor, que no habían reconocido en la exposición de la Santa Escritura”.

Algunas cosas que hemos de reflexionar:

- El lector... ¿puede ser cualquiera que improvisa?
- La relación Palabra-Sacramento la damos por supuesta, reflexionad sobre esta relación.
- ¿Sabías que el altar es el centro de la celebración eucarística? Repasad el rito expuesto que, aunque no es muy usual es muy significativo, y ved las riquezas que aporta para la Eucaristía.
- Habrá que pensar que los lectores deberían fijarse más en Cristo – como todos, por otro lado- y preparase espiritualmente para este ministerio.
- Cómo cuidamos la liturgia de la Palabra en la Parroquia (menos moniciones y más claridad, silencio, pronunciación...)